

Cuentos
Victorianos
de
Fantasmas
para
Navidad

minotauro

Cuentos Victorianos de Fantasmas para Navidad

Introducción de **Tara Moore**

minotauro

Cuentos victorianos de fantasmas para Navidad

Título original: *The Valancourt Book of Victorian Christmas Ghost Stories*

© Introducción de Tara Moore (2016)
© Recopilación de Valancourt Books (2016)
Publicado por acuerdo con Valancourt Books

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen
Revisión: dtm+tagstudi
© Traducción de Loredana Volpe (2024)

ISBN: 978-84-450-1836-1
Depósito legal: B. 11.720-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Índice

Introducción	TARA MOORE	9
La cámara de los tapices	SIR WALTER SCOTT	17
El cuento de la vieja niñera	ELIZABETH GASKELL	35
Horror: una historia real	JOHN BERWICK HARWOOD	61
«¡Tráigame una vela!»	ANÓNIMO	89
El fantasma del viejo Hooker	ANÓNIMO	119
La llamada del fantasma	ADA BUISSON	147
El amigo de Jack Layford	ANÓNIMO	157
De cómo Peter Parley calmó al fantasma	ANÓNIMO	189
Un visitante misterioso	ELLEN WOOD	201
La roca encantada	W. W. FENN	227
El paseo de la dama	MARGARET OLIPHANT	245
El capitán del Estrella Polar	ARTHUR CONAN DOYLE	305
El fantasma de la muñeca	F. MARION CRAWFORD	335



Sir Walter Scott

La cámara de los tapices

La exploración de casas encantadas aparece con frecuencia en los cuentos de fantasmas, pero por lo general el alma valiente tomaba la decisión de forma voluntaria, ya fuera por el deseo de refutar el espiritismo o simplemente para disfrutar de la emoción. Al crear al general Browne, un combatiente de la guerra de Estados Unidos, SIR WALTER SCOTT (1771-1832) describe a un personaje corpulento y masculino que además tiene acceso a una elegante casa de campo. En este relato, Browne regresa de la guerra solo para enfrentarse a una prueba para la que sus duras travesías por las tierras salvajes de Virginia no lo han preparado. Esta historia apareció por primera vez en The Keepsake, en 1828, un anuario literario que se publicaba en Navidad cada año desde 1828 hasta 1857.

La siguiente narración se presenta, en la medida en que mi memoria lo permita, en el mismo tono en que fue transmitida al autor; no pretende recibir ni mayores elogios ni más críticas que aquellas que se correspondan al buen o mal juicio que el autor ha empleado en la selección de sus materiales, ya que ha evitado deliberadamente cualquier adorno que pudiera interferir con la simplicidad del relato.

Al mismo tiempo, se debe reconocer que la clase particular de cuentos que giran en torno a lo maravilloso, poseen una mayor influencia cuando se cuentan que cuando se leen. El volumen leído al mediodía, aunque repita los mismos incidentes, transmite una impresión mucho más débil en comparación con la que se obtiene de la voz del orador en un círculo de oyentes junto a la chimenea,

que están atentos a la historia a medida que el narrador detalla los minuciosos acontecimientos que sirven para darle autenticidad, y baja la voz de forma misteriosa mientras se acerca a la parte más temible y maravillosa. Fue con tales ventajas que el presente escritor escuchó los siguientes acontecimientos contados, hace más de veinte años, por la célebre señorita Seward, de Lichfield, quien, a sus numerosos logros, añadió, en un grado notable, el poder de la narración en la conversación privada.

En su forma actual, el relato ha de perder necesariamente todo el interés que le otorgaban la voz flexible y los rasgos inteligentes de un talentoso narrador. Sin embargo, leído en voz alta a una audiencia convencida bajo la luz incierta del atardecer, o en silencio, a la luz de una vela a punto de apagarse, y en la soledad de una habitación apenas iluminada, puede recuperar su naturaleza de un buen cuento de fantasmas. La señorita Seward siempre afirmó que había obtenido su información de una fuente fidedigna, aunque suprimió los nombres de las dos personas implicadas. No me valdré de ningún detalle en particular que pueda haber recibido desde entonces acerca de los lugares mencionados en el relato, sino que dejaré que descansen bajo la misma descripción general con la que me fueron relatados por primera vez; y, por la misma razón, no dilataré ni acotaré la narración de los hechos, en ningún caso, ya sea más o menos material, sino que simplemente contaré, tal como lo oí, un cuento de terror sobrenatural.

Hacia finales de la guerra en América, cuando los oficiales del ejército de lord Cornwallis, que se rindieron en la ciudad de York, y otros —que habían sido apresados durante la imprudente y desafortunada contienda—, estaban regresando a su país para contar sus aventuras y recuperarse de su fatiga, había entre ellos un oficial general llamado Browne. Era un oficial de mérito, así como un caballero muy respetado por sus orígenes y sus logros.

Ciertos asuntos habían llevado a este general a hacer un recorrido por los condados occidentales, cuando, al concluir la jornada matutina, se encontró en las cercanías de una pequeña ciudad de

provincias que presentaba una vista de inusual belleza y un carácter marcadamente inglés.

El pueblo, con su antigua y majestuosa iglesia, cuya torre daba testimonio de la devoción de épocas pasadas, se extendía en medio de praderas y campos de trigo, delimitados y divididos por hileras de setos vivos de gran antigüedad y tamaño. Había pocas señales de avances modernos. Los alrededores del lugar no delataban ni el abandono de la decadencia ni el bullicio de la novedad; las casas eran viejas, pero estaban en buen estado; y el hermoso riachuelo murmuraba libre por su cauce, a la izquierda del pueblo, sin una presa que lo detuviera ni ningún camino de sirga que lo bordease.

Sobre un suave promontorio, casi una milla al sur del pueblo, se veían, entre abundantes robles venerables y enmarañados matorrales, las torrecillas de un castillo tan antiguo como las murallas entre los York y los Lancaster, pero que parecía haber sufrido importantes reformas durante la época isabelina y la de su sucesor. Nunca debió de ser un lugar de grandes dimensiones; pero era de suponer que cualquier acomodo que ofreciera en tiempos pasados, aún podía conseguirse dentro de sus muros; al menos esa fue la deducción del general Browne observando el humo que se elevaba alegremente de algunas de las antiguas chimeneas talladas. El muro del parque bordeaba la carretera a lo largo de doscientos o trescientos metros; y desde los diversos ángulos por los que la vista vislumbraba el paisaje del bosque, daba la sensación de estar bien poblado. Otras perspectivas se abrían sucesivamente: una completa de la fachada del antiguo castillo y una visión lateral de sus torres particulares; en las primeras abundaba toda la extravagancia de la escuela isabelina, mientras que la sencillez y solidez de otras partes del edificio parecían indicar que habían sido erigidas más para la defensa que para la ostentación.

Encantado con las vistas parciales del castillo que percibía entre los árboles y los claros que rodeaban la antigua fortaleza feudal, nuestro marcial viajero estaba decidido a averiguar si merecía la pena verlo más de cerca y si albergaba retratos familiares u otros objetos curiosos dignos de la visita de un forastero; cuando, al abandonar

las inmediaciones del parque, pasó por una calle limpia y bien pavimentada, y se detuvo en la puerta de una posada muy concurrida.

Antes de solicitar los caballos para proseguir el viaje, el general Browne hizo preguntas sobre el propietario del castillo que tanta admiración le había causado, y le sorprendió y complació a partes iguales oír por respuesta el nombre de un aristócrata a quien llamaremos lord Woodville. ¡Qué afortunado! Gran parte de los primeros recuerdos de Browne, tanto en el colegio como en la universidad, habían estado vinculados al joven Woodville, quien, como pudo cerciorarse con unas cuantas preguntas, resultaba ser el propietario de aquel hermoso dominio. Woodville había ascendido a noble al morir su padre pocos meses antes y, según supo el general por el casero, una vez concluido el tiempo de luto, ahora estaba tomando posesión de los dominios paternos, en la jovial estación del alegre otoño, acompañado por un selecto grupo de amigos con quienes disfrutaba de todos los deportes que ofrecía un país famoso por su abundante caza.

Fue una noticia deliciosa para nuestro viajero. Frank Woodville había sido compañero de Richard Browne en Eton y su íntimo amigo en Christ Church; sus placeres y sus deberes habían sido los mismos; y el honrado corazón del militar se emocionó al encontrar a su amigo de la juventud en posesión de una residencia tan encantadora y de una hacienda, según le aseguró el casero con un guiño y una inclinación de cabeza, más que suficiente para mantener y acrecentar su dignidad. Nada más natural que este viajero suspendiera el viaje, que no corría la mayor prisa, para visitar a un antiguo amigo en circunstancias tan agradables.

Los caballos, ahora frescos, por tanto, solo tuvieron la breve tarea de transportar el carruaje del general al castillo de Woodville. Un portero lo recibió en una moderna logia gótica, construida en ese estilo a juego con el del castillo, y al tiempo tocó una campana para avisar de la llegada del visitante. En apariencia, el sonido de la campana debió suspender la partida del grupo, entretenido en las diversas actividades de la mañana; pues, al entrar en el patio del

castillo varios jóvenes con ropa deportiva holgazaneaban, mirando y criticando a los perros que los guardianes tenían preparados para participar en sus pasatiempos. Cuando el general Browne se apeó, el joven lord se acercó a la puerta del vestíbulo y durante un instante estuvo contemplando, como si fuera un extraño, el semblante de su amigo, en el que la guerra, con sus fatigas y sus heridas, había producido grandes cambios. Pero la incertidumbre solo duró hasta que hubo hablado el visitante, y la afectuosa bienvenida que siguió fue de esas que solo se intercambian entre aquellos que han pasado juntos los días felices de la despreocupada infancia o de la primera juventud.

—Si hubiera podido formular un deseo, mi querido Browne —dijo lord Woodville—, hubiera sido tenerle aquí, a usted entre todos los hombres, en esta ocasión, que mis amigos están dispuestos a convertir en una suerte de vacaciones. No crea que no le hemos seguido los pasos durante los años en que ha estado ausente. Lo he ido siguiendo a través de los peligros por los que ha pasado, sus triunfos e infortunios, y me ha complacido saber que, tanto en la victoria como en la derrota, el nombre de mi viejo amigo era siempre distinguido con aplausos.

El general respondió de manera adecuada y felicitó a su amigo por su nuevo título y por poseer una casa y un dominio tan hermoso.

—No, todavía no ha visto nada de todo esto —dijo lord Woodville—; y confío en que no tenga la intención de dejarnos hasta que lo conozca mejor. Es cierto, lo confieso, que mi grupo actual es bastante numeroso y que la vieja casa, al igual que otros lugares de este tipo, no posee tantas habitaciones como parecen prometer las dimensiones de sus muros exteriores. Pero podemos darle una cómoda habitación a la antigua; y me atrevo a suponer que sus campañas le habrán enseñado a sentirse a gusto en peores condiciones.

El general se encogió de hombros y se echó a reír.

—Presumo —dijo— que el peor aposento de su castillo es considerablemente mejor que el viejo tonel de tabaco donde me vi obligado a pasar la noche cuando estuve en «la Espesura», como la llaman los

virginianos, con el cuerpo expedicionario. Allí me tumbaba, como el propio Diógenes, tan satisfecho con mi protección contra los elementos que, aunque en vano, traté de llevarme conmigo el barril a mi siguiente acuartelamiento; pero el que era mi comandante por aquel entonces no consintió tales lujos y tuve que despedirme de mi querido barril con lágrimas en los ojos.

—Bien, puesto que no teme a sus aposentos —dijo lord Woodville—, se quedará conmigo por lo menos una semana. Tenemos armas de sobra, perros, cañas de pescar, moscas y material para practicar deporte por mar y por tierra; no hay diversión que sugiera que no podamos llevar a cabo. Pero si prefiere la escopeta y los perros de caza, yo mismo lo acompañaré y comprobaré si ha mejorado su puntería viviendo entre los indios de las lejanas colonias.

El general aceptó de buena gana la amistosa propuesta en todos sus puntos. Después de una mañana de ejercicio, el grupo se reunió para cenar y lord Woodville tuvo el placer de poner de relieve las altas cualidades de su recobrado amigo, recomendándolo a sus invitados, la mayoría de los cuales eran personas muy distinguidas. Hizo que el general Browne hablara de las escenas que había presenciado; y, como cada palabra señalaba por igual al valiente oficial y al hombre sensato, que sabía mantener el juicio frío frente a los más inminentes peligros, el grupo miraba al soldado con respeto, como alguien que había demostrado ante sí mismo poseer una provisión de valor personal poco común, ese atributo que es, entre todos, el que todo mundo desea que se le reconozca.

El día concluyó en el castillo de Woodville como es habitual en tales mansiones. La hospitalidad se mantuvo dentro de los límites del buen orden; la música, en la que el joven lord era un experto, sucedió a las botellas; las cartas y el billar estuvieron a disposición de quienes preferían estos entretenimientos; pero el ejercicio de la mañana requería practicarse en horas tempranas, y no mucho después de las once comenzaron a retirarse los huéspedes a sus respectivas habitaciones.

El señor de la casa en persona condujo a su amigo, el general Browne, a la cámara que le había destinado, que respondía a la

descripción que había hecho, pues era cómoda, pero a la antigua. La cama era de esas imponentes que se utilizaban a finales del siglo xvii y las cortinas de seda descolorida estaban profusamente decoradas con oro deslustrado. Pero las sábanas, los almohadones y las mantas le parecieron encantadoras al soldado, que recordaba su anterior «mansión», el barril. Había un aire triste en los tapices que, con los ornamentos desgastados, cubrían las paredes de la pequeña cámara y ondulaban suavemente cuando la brisa otoñal se abría paso por la antigua ventana enrejada, que repiqueteaba y silbaba cuando entraba el aire. También el lavabo, con el espejo rematado en turbante, al estilo de principios de siglo, con su tocador de seda color púrpura y su centenar de cajones de formas extrañas, pensados para arreglos que llevaban más de cincuenta años en desuso, tenía un aspecto anticuado y hasta cierto punto melancólico. Pero nada podía arder más resplandeciente y alegremente que las dos grandes velas de cera; o si algo podía hacerles competencia eran los llameantes y bulliciosos braseros de la chimenea, que irradiaban a la vez luz y calor por la acogedora estancia; a la cual, a pesar de su anticuado aspecto general, no le faltaba ninguna de las comodidades que las costumbres modernas consideraran necesarias o deseables.

—Es un dormitorio a la antigua, general —dijo el joven lord—, pero espero que no encuentre nada que le haga envidiar su viejo barril de tabaco.

—No soy muy exigente con las habitaciones —replicó el general—; pero, si tuviera que elegir, preferiría esta cámara, con mucha diferencia, a las habitaciones más vistosas y modernas de su mansión familiar. Créame que, al ver unidos este ambiente de confort moderno con su venerable antigüedad, y recordar que pertenece a su señoría, me sentiré siempre mejor alojado aquí de lo que estuviera en el mejor hotel de Londres.

—Confío, no lo dudo, en que se sentirá tan cómodo como deseo que lo esté, mi querido general —dijo el joven noble; y deseándole una vez más las buenas noches a su huésped, le estrechó la mano y se retiró.

El general volvió a mirar a su alrededor y, felicitándose para sus adentros por su regreso a la vida pacífica, cuyas comodidades se veían reforzadas por el recuerdo de las penurias y los peligros que había sufrido últimamente, se desvistió y se preparó para pasar una noche de espléndido descanso.

Ahora, al contrario de lo que es habitual en esta clase de relatos, dejaremos al general en posesión de su habitación hasta la mañana siguiente.

Los huéspedes se reunieron para desayunar a una hora temprana, sin que apareciera el general Browne, que parecía ser el invitado al que lord Woodville deseaba honrar por encima de todos lo que habían recibido su hospitalidad. En más de una ocasión expresó su sorpresa por su ausencia y, finalmente, envió un criado a preguntar por él. El hombre volvió diciendo que el general había estado paseando por los alrededores desde primera hora de la mañana, desafiando el tiempo, que era neblinoso y desapacible.

—Costumbres de soldado —dijo el joven aristócrata a sus amigos—; muchos de ellos adquieren el hábito de estar vigilantes y no pueden dormir después de la hora temprana en que, por regla general, tienen el deber de estar alerta.

Sin embargo, la explicación que lord Woodville ofreció a sus invitados le pareció poco satisfactoria para sí mismo, y en un arrebato de silencio y abstracción esperó el regreso del general. Esta tuvo lugar casi una hora después de haber sonado la campanilla del desayuno. Parecía fatigado y febril. Tenía el cabello —cuyo empolvado y arreglo constituían en aquella época una de las ocupaciones más importantes de todo el día de un hombre, y marcaba tanto su estilo como en la actualidad el atarse el nudo de la corbata o no hacerlo—despeinado, sin rizos, falto de polvos y mojado de rocío. Llevaba las ropas desordenadas, con una negligencia notable en un militar, cuyas obligaciones reales o supuestas suelen incluir cierta atención a la higiene; y tenía el semblante demacrado y hasta cierto punto cadavérico.

—Así que nos ha adelantado a escondidas esta mañana, mi querido general —dijo lord Woodville—; ¿o acaso no ha encontrado la cama tan a su gusto como yo esperaba? ¿Cómo ha dormido anoche?

—¡Oh, maravillosamente! ¡Estupendamente! Nunca he dormido mejor en mi vida —dijo el general Browne con rapidez, pero con un aire de embarazo que resultó evidente para su amigo. Luego, se apresuró a tomar una taza de té y, desatendiendo o rechazando todo cuanto se le ofrecía, pareció sumirse en sus pensamientos.

—¿Saldrá hoy con la escopeta, general? —dijo su amigo y anfitrión, pero tuvo que repetir la pregunta dos veces antes de recibir una abrupta respuesta:

—No, mi señor; lamento no poder tener la oportunidad de pasar otro día con su señoría; he pedido mis caballos de posta y llegarán aquí dentro de poco.

Todos los presentes mostraron sorpresa y lord Woodville replicó de inmediato:

—¡Caballos de posta, mi buen amigo! ¿Para qué va a necesitarlos si me prometió quedarse tranquilamente conmigo al menos una semana?

—Creo —dijo el general, visiblemente avergonzado—, que, con la alegría del primer encuentro, pude haber dicho algo acerca de permanecer aquí algunos días; pero desde entonces he caído en la cuenta de que me es del todo imposible.

—Esto es increíble —dijo el joven aristócrata—. Ayer parecía no tener ninguna clase de compromiso y no es posible que hoy le haya convocado nadie, pues no ha llegado el correo del pueblo y, por lo tanto, no ha podido recibir ninguna carta.

El general Browne, sin dar ninguna otra explicación, murmuró algo sobre un asunto inaplazable e insistió en la absoluta necesidad de su partida, de una manera que acalló toda oposición por parte de su anfitrión, que comprendió que había tomado una decisión y se abstuvo de ser impertinente.

—Al menos, sin embargo —dijo—, permítame, mi querido Browne, puesto que quiere o debe irse, que le muestre la vista desde la terraza, ya que la niebla se está levantando y pronto será visible.

Abrió una ventana de guillotina y bajó a la terraza mientras hablaba. El general lo siguió mecánicamente, pero parecía prestar poca atención a lo que su anfitrión decía, mientras, de cara al extenso y

espléndido panorama, señalaba distintos puntos dignos de observación. Así fueron avanzando hasta que lord Woodville hubo conseguido el propósito de aislar por completo a su amigo del resto del grupo; cuando, volviéndose con aire de gran solemnidad, se dirigió a él de este modo:

—Richard Browne, mi viejo y muy querido amigo, ahora estamos solos. Permítame que le conjure a responderme bajo palabra de amigo y por su honor de soldado. ¿Cómo ha pasado, en realidad, la noche?

—De forma miserable, de verdad, mi señor —respondió el general, con el mismo tono de solemnidad—; ha sido tan penosa que no correría el riesgo de una segunda noche como esa, ni por todas las tierras que forman parte de este castillo ni por todo el campo que estoy viendo desde aquí.

—Esto es de lo más extraordinario —dijo el joven lord, como si hablara para sí—, entonces debe haber algo de verdad en los rumores sobre esa cámara —y dirigiéndose de nuevo al general, dijo— Por Dios, mi querido amigo, sea sincero conmigo y cuénteme cuáles han sido las molestias particulares que ha padecido bajo un techo donde, por voluntad del dueño, no debería haber encontrado nada más que comodidad.

El general parecía angustiado por estas palabras y se detuvo un momento antes de responder:

—Mi querido señor —dijo al fin—, lo que me ha sucedido anoche es de una naturaleza tan peculiar y desagradable que me sería difícil entrar en detalles incluso con su señoría, si no fuera porque, independientemente de mi deseo de satisfacer cualquier petición suya, creo que la sinceridad por mi parte puede conducir a alguna explicación sobre una circunstancia igualmente dolorosa y misteriosa. Para otros, lo que voy a decir pudiera ser motivo de que se me tomara por un débil mental, un tonto supersticioso que permitió que su propia imaginación lo engañara y lo desconcertara; pero usted me conoce desde que éramos niños, y no sospechará que haya adquirido en la madurez, sentimientos y flaquezas de los cuales estaba libre en mis primeros años.

Aquí hizo una pausa y su amigo le replicó:

—No dude de mi absoluta confianza en la veracidad de lo que me comunica, por extraño que sea; conozco muy bien su firmeza de carácter como para sospechar que pudiera ser engañado, y soy consciente de que su honor y su amistad le impedirían asimismo exagerar lo que haya podido presenciar.

—Bien, entonces —dijo el general— proseguiré mi relato lo mejor que pueda, confiando en su franqueza; y eso pese a sentir claramente que preferiría enfrentarme a una batería antes que evocar los odiosos recuerdos de anoche.

Se detuvo por segunda vez y, al darse cuenta de que lord Woodville permanecía en silencio y en actitud atenta, comenzó, aunque no sin evidente reticencia, la historia de sus aventuras nocturnas en la Cámara Tapizada.

—Me desvestí y me acosté tan pronto como su señoría me dejó ayer por la noche; pero la leña de la chimenea, que estaba en frente de mi cama, ardía resplandeciente y vivamente, y con el centenar de emocionantes recuerdos de mi infancia y juventud, que habían sido evocados por el inesperado placer de encontrarme con su señoría, me impidió conciliar el sueño inmediatamente. Debo decir, sin embargo, que todas estas reflexiones del fuego fueron agradables y placenteras, fundamentadas en la sensación de haber cambiado los trabajos, las fatigas y los peligros de mi profesión por los placeres de una vida apacible y la reanudación de aquellos lazos de amistad y afecto que habían roto las rudas exigencias de la guerra.

»Mientras estos agradables pensamientos se apoderaban de mi mente y me adormecían poco a poco, me despertó de repente un sonido parecido al susurro de un vestido de seda y al golpeteo de unos zapatos de tacón, como si una mujer estuviera caminando por la habitación. Antes de que pudiese descorrer la cortina para ver de qué se trataba, la figura de una mujer pequeña pasó entre la cama y la chimenea. La figura estaba de espaldas a mí, y pude observar, por la forma de los hombros y del cuello, que era la silueta de una anciana vestida con un traje a la antigua, de esos que, creo, las damas llaman

un saco; es decir, una especie de bata, completamente suelta sobre el cuerpo, pero recogida por unos amplios pliegues en el cuello y los hombros, que cae hasta el suelo y termina en una especie de cola.

»Pensé que la intrusión era bastante singular, pero ni por un momento se me ocurrió la idea de que lo que veía fuese algo más que la forma mortal de alguna anciana de la casa que tenía el capricho de vestirse como su abuela y que quizá, ya que su señoría mencionó que andaba bastante escaso de habitaciones, habiendo sido desalojada de su habitación para alojarme, se había olvidado de tal circunstancia y regresaba a las doce a su antigua morada. Con esta idea, me removí en la cama y tosí un poco para que la intrusa se diera cuenta de que había tomado posesión del lugar. Ella se volvió lentamente, pero ¡santo cielo!, mi señor, ¡qué semblante me mostró! Ya no cabía la menor duda de lo que era ni cabía pensar en absoluto que fuese un ser vivo. En su rostro, que presentaba las facciones rígidas de un cadáver, estaban impresas las huellas de la más vil y repugnante de las pasiones que la habían animado en vida. Parecía que hubiera salido de la tumba el cuerpo de algún atroz criminal y se le hubiera devuelto el alma desde el fuego de los condenados, para formar así, durante un tiempo, una unión con el antiguo cómplice de su culpa. Me incorporé en la cama y me senté erguido, apoyándome sobre las palmas de las manos, mientras miraba fijamente aquel horrible espectro. La vieja arpía, al parecer, avanzó con una veloz zancada hacia la cama donde yo estaba tumbado, y se puso en cuclillas sobre ella, precisamente en la misma postura que yo había adoptado en el paroxismo del horror, adelantando su diabólico semblante hasta ponerlo a menos de medio metro del mío, con una mueca que parecía expresar la malicia y la burla de un demonio encarnado.

Al llegar allí, el general Browne se detuvo y se enjugó el sudor frío que le había cubierto la frente al recordar la horrible visión.

—Mi señor —añadió—, no soy un cobarde. He pasado por todos los peligros mortales inherentes a mi profesión y en verdad puedo jactarme de que ningún hombre ha visto a Richard Browne deshonorar la espada que lleva; pero, en estas horribles circunstancias, ante

aquellos ojos y, por lo que parecía, casi en las garras de la encarnación de un espíritu maligno, toda firmeza me abandonó, toda mi hombría se derritió dentro de mí como la cera en un horno, y sentí que se me erizaba cada uno de los vellos de mi cuerpo. Dejó de circularme la sangre por las venas y me hundí en un desvanecimiento, tan víctima del terror y del pánico como nunca lo fue una joven de aldea, o un niño de diez años. Me es imposible adivinar durante cuánto tiempo permanecí en ese estado.

»Pero me despertó el reloj del castillo al dar la una, con tanta fuerza que parecía como si estuviera dentro de la habitación. Pasó algún tiempo antes de que me atreviera a abrir los ojos, por temor a encontrarme de nuevo con aquella horrible visión. No obstante, cuando reuní valor para levantar la vista, la mujer ya no se veía. Mi primera idea fue tocar la campanilla, despertar a los criados y trasladarme al desván o al henil, para asegurarme de no recibir una segunda visita. Pero, debo confesar la verdad, y es que mi decisión se vio alterada, no por la vergüenza de ponerme en evidencia, sino por temor de que, como el cordón de la campanilla colgaba de la chimenea, al acercarme volviera a encontrarme con la diabólica arpía, que, según me imaginaba, podría estar merodeando por algún rincón de la habitación.

»No pretenderé describir los ataques febriles de calor y de frío que me atormentaron por el resto de la noche, en medio del sueño interrumpido, la agotadora vigilia y ese estado incierto que constituye la tierra intermedia entre ambos. Un centenar de objetos terribles parecían acecharme; pero había una gran diferencia entre la visión que le he descrito y las que siguieron, de modo que sabía que las últimas eran engaños de mi propia fantasía y de mis exaltados nervios.

»Por fin llegó el día, y me levanté de la cama con el cuerpo enfermo y humillado de espíritu. Estaba avergonzado de mí mismo, como hombre y como soldado, más aún al sentir mi deseo extremo de huir del cuarto embrujado, el cual, no obstante, conquistó todas las demás consideraciones; de modo que, vistiéndome a toda prisa, sin el menor cuidado, escapé de la mansión de su señoría para buscar en

el aire libre algún alivio para el sistema nervioso, que estaba agitado por el horrible encuentro con el visitante del otro mundo, pues no creo que aquella mujer fuese otra cosa. Ahora su señoría conoce las causas de mi desasosiego y de mi repentino deseo de abandonar su hospitalario castillo. Confío en que podamos vernos a menudo en otros lugares, pero ¡que Dios me libre de pasar jamás una segunda noche bajo este techo!

Por extraño que fuera el relato del general, había hablado con un tono de convicción tan profunda que cortó en seco todos los comentarios que suelen despertar tales historias. Lord Woodville no le preguntó ni una sola vez si estaba seguro de no haber soñado con la aparición ni sugirió ninguna de las explicaciones de moda para justificar las apariciones sobrenaturales como caprichos de la imaginación o engaños de los nervios ópticos. Por el contrario, parecía profundamente impresionado por la veracidad y autenticidad de lo que acababa de oír; y, después de una pausa considerable, lamentó, con grandes muestras de sinceridad, que su antiguo amigo lo hubiese pasado tan mal en su casa.

—Lamento tanto más su malestar, mi querido Browne —dijo—, porque es el resultado infeliz, aunque muy inesperado, de un experimento mío. Debe saber que, al menos en la época de mi padre y de mi abuelo, la habitación que le asigné anoche estuvo clausurada por los rumores de que era frecuentada por visiones y ruidos sobrenaturales. Cuando tomé posesión de la finca, hace unas semanas, pensé que el castillo no ofrecía suficientes aposentos para mis invitados como para permitir que los habitantes del mundo invisible conservaran la posesión de un dormitorio tan confortable. Por eso hice que abrieran la Cámara Tapizada, que es como la llamamos; y sin destruir su aire de antigüedad, hice que colocaran en ella muebles nuevos, acordes con los tiempos modernos. Pero, como la opinión de que la habitación estaba embrujada prevalecía fuertemente entre los criados, y también era conocida en el vecindario y por muchos de mis amigos, temí que los prejuicios del primer ocupante de la Cámara Tapizada pudieran tener algún recelo, frustrando así mi propósito

de convertirla en una parte útil de la casa. Debo confesar, mi querido Browne, que tu llegada de ayer, tan agradable para mí por otras mil razones, me pareció la oportunidad más favorable para acabar con los desagradables rumores sobre la habitación, ya que tu valor era indudable y tu mente estaba libre de cualquier preocupación al respecto. No hubiera podido, por lo tanto, elegir mejor sujeto para mi experimento.

—Por mi honor —dijo el general Browne, con cierta precipitación—, que estoy infinitamente agradecido con su señoría, y muy especialmente en deuda. Es muy probable que durante algún tiempo recuerde las consecuencias del experimento, como su señoría se complace en llamarlo.

—No, ahora está siendo injusto, mi querido amigo —dijo lord Woodville—. No tiene más que reflexionar un momento para convencerse de que yo no podía augurar ninguna posibilidad de que padeciera las angustias a las que desgraciadamente ha sido expuesto. Ayer por la mañana yo era un completo escéptico en cuanto a las apariciones sobrenaturales. Es más, estoy seguro de que, si le hubiera hablado de lo que se decía en esa habitación, esos mismos rumores le habrían llevado, por elección propia, a elegirla para alojarse. Esa ha sido mi desgracia, quizá mi error, pero realmente no se me puede condenar por ello: el que haya sufrido de esa forma tan extraña.

—¡Extraña, en efecto! —dijo el general, recuperando su buen humor—. Y reconozco que no tengo derecho a estar ofendido con su señoría por haberme tratado tal y como yo acostumbro a considerarme a mí mismo: como un hombre de cierta firmeza y valor. Pero veo que han llegado mis caballos de posta, y no quiero interrumpir las diversiones de su señoría.

—No, mi viejo amigo —dijo lord Woodville—, ya que no puede quedarse con nosotros otro día, cosa en la cual, de hecho, no puedo insistir mucho más, concédame al menos otra media hora. A usted le encantaban los cuadros, y tengo una galería de retratos, algunos de ellos de Vandyke, que representan a los antepasados a quienes

pertenecieron esta propiedad y este castillo. Creo que varios de ellos le impresionarán por su gran mérito.

El general Browne aceptó la invitación, aunque de mala gana. Era evidente que no respiraría con libertad y tranquilo hasta haber abandonado el castillo de Woodville. Sin embargo, no podía rechazar la invitación de su amigo; y mucho menos aún, porque estaba un poco avergonzado por el mal humor que había mostrado a su bienintencionado anfitrión.

Por lo tanto, el general siguió a lord Woodville a través de varios salones hasta una larga galería en la que estaban expuestos los cuadros, que este último fue señalando a su huésped, diciéndole los nombres y contándole algunas cosas sobre los personajes cuyos retratos contemplaban sucesivamente. El general Browne se interesó muy poco los detalles que le iba contando. Los cuadros, de hecho, eran del estilo de los que suelen encontrarse en las antiguas galerías familiares. Aquí había un caballero que había arruinado su hacienda al servicio del rey; allí una bella dama que la había restaurado al casarse con un hombre acaudalado parlamentario; allí colgaba un galante caballero que se había arriesgado a mantener correspondencia con la corte exiliada en Saint Germain; otro que había tomado las armas en favor de William Cromwell durante la revolución, y allí un tercero que había volcado su peso alternativamente en la balanza entre los *whig* y los *tory*.

Mientras lord Woodville atiborraba con estas palabras los oídos de su huésped, «como se ceba a los pavos», llegaron al centro de la galería, cuando vio como el general se sobresaltó de pronto y adoptó una actitud de asombro absoluto, no exenta de miedo, al quedar sus ojos, repentinamente clavados y atraídos por el retrato de una anciana dama vestida con un saco, según la usanza de la moda de finales del siglo xvii.

—¡Es ella! —exclamó—. ¡Es ella, por la forma y por sus rasgos, aunque la expresión no llegue a ser tan demoníaca como la de la detestable arpía que me visitó anoche!

—Si es así —dijo el joven noble—, ya no puede haber ninguna duda sobre la horrible realidad de la aparición. Ese es el retrato de una desdichada antepasada mía, cuyos crímenes están registrados en un negro y temible catálogo de la historia de mi familia que conservo en mi escritorio. Enumerarlos sería demasiado horrible; basta con decir que en tu funesta habitación se cometió un incesto y un asesinato contra natura. Lo devolveré a la soledad a la que el buen juicio de quienes me precedieron lo habían confinado; y nunca nadie, mientras yo pueda impedirlo, se verá expuesto a que se repitan los horrores sobrenaturales capaces de hacer vacilar un valor como el suyo.

Así, los dos amigos, que se habían reunido con tanto regocijo, se despidieron con un estado de ánimo muy diferente: lord Woodville pensando en ordenar que la Cámara Tapizada fuese desmantelada y sellada la puerta; y el general Browne decidido a buscar, en algún paraje menos hermoso y con algún amigo menos majestuoso, el olvido de la penosa noche que había pasado en el castillo de Woodville.

